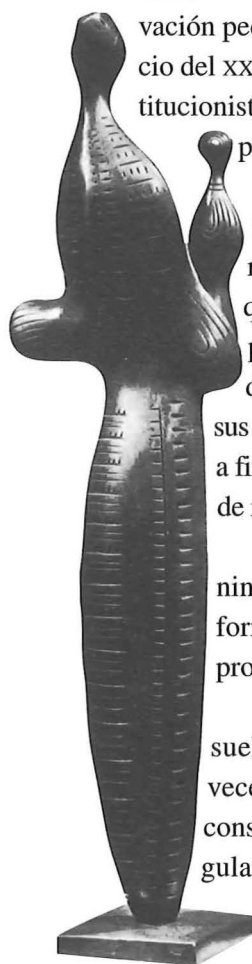


## Lorenzo Luzuriaga y la educación republicana

Pilar Maestro

Pilar Maestro es doctora en Historia y ha sido durante muchos años profesora del IES Figueras Pacheco de Alicante. Ha publicado numerosos trabajos, entre otros «Historiadores y profesores» (Pasajes 9, 2002).



La educación puesta en pie por la Segunda República española fue un proyecto cultural y social de gran envergadura. Muchos consideran que fue la joya de la corona de la cultura republicana precisamente porque su finalidad última fue llevar la cultura a todos los ciudadanos. Sus raíces se hundieron en los complejos procesos de la gran corriente de renovación pedagógica que recorrió Europa y América desde finales del siglo XIX y primer tercio del XX, con una fuerte presencia española a través del pensamiento y la labor de los institucionistas, de la obra de los hombres y las iniciativas educativas y culturales impulsadas por la Institución Libre de Enseñanza desde sus inicios en 1876.

Lorenzo Luzuriaga Medina fue una figura prestigiosa de ambos procesos, el institucionista y el republicano. Él supo unir las muy diversas tendencias que afloraron por entonces y aportar al proceso español el profundo conocimiento de todo lo que en la renovación educativa se hacía en Europa y América. Junto a los grandes principios educativos institucionistas, que siempre defendió, para conseguir una verdadera escuela pública, de todos, igualitaria, laica, y renovada en sus métodos, y desde sus convicciones socialistas, planteó la necesidad de una fuerte apuesta política de Estado a fin de convertir la obra educadora en el motor de un amplio plan de mejora cultural y de regeneración moral en beneficio de todas las capas sociales.

En un proceso de tanta complejidad y dura controversia, Luzuriaga no rehuyó ninguna dificultad, y el resultado de su acción, positiva siempre, contribuyó a dar forma a la propuesta educativa republicana, a movilizar a sus actores, pero su compromiso le abrió también el doloroso camino del exilio.

Las experiencias educativas renovadoras de gran calado, con vocación social, suelen acompañarse en ciertos contextos históricos, de grandes controversias, a veces con una fuerte oposición a la acción renovadora. En España, esa oposición, constantemente presente en su historia contemporánea, produjo una alternancia irregular, en la que a largas épocas de dominio del pensamiento conservador, sucedieron destellos renovadores que, a pesar de su excelencia, contaron siempre con un tiempo muy corto para su desarrollo. Eso ha producido una discontinuidad evidente en el desarrollo educativo español, parejo en muchos momentos con la

discontinuidad cultural, de consecuencias perniciosas ①.

La Segunda República significó uno de los destellos renovadores de mayor excelencia que supo dar continuidad a una riquísima tradición cultural y educativa que, a pesar de las dificultades, llenó de grandes obras y de ilustres figuras los comienzos del siglo XX. Su gestación previa, aunque promovida por grupos minoritarios, se incardinó con el pensamiento más renovador, paralelo a la eclosión cultural que significaron las generaciones del 98, del 14 y del 27, muchas de cuyas personalidades más eminentes estuvieron presentes en la obra educativa.

① La discontinuidad cultural española es una de las constantes de la obra de uno de aquellos republicanos, Vicente Llorens Castillo. Véase *La discontinuidad cultural española en la Edad Moderna* (Fundación Juan March, 1979) donde trata la huella inquisitorial, la reacción fernandina, o la estela de la guerra civil del 36, presentes in extenso en otros trabajos.

② Ivonne Turin, *La educación y la escuela en España de 1874 a 1902*, Madrid, Aguilar, 1967. M. Pérez Galán, *La enseñanza en la II República española*, Madrid, Edicusa, 1977; A. Molero Pintado, *La reforma educativa de la Segunda República española. Primer bienio*, Madrid, Ed. Abierta/Santillana, 1977. C. Lozano Seijas, *La educación republicana*, Barcelona, 1980.

El panorama al que se enfrentaba la educación en los comienzos del siglo XX no podía ser más calamitoso, después de tantos años de abandono de la llamada enseñanza oficial, que no pública, en beneficio de la confesional, en manos ambas de una Iglesia católica, soporte de la sociedad más conservadora, que aspiraba a mantener un férreo control ideológico sobre la educación por mucho tiempo más ②. La apuesta educativa republicana despertó una gran ilusión entre sus defensores, a la vez que contó de forma singular con una feroz oposición por parte de sus detractores, precisamente por tratarse de un proyecto ambicioso de cambio cultural y social.

Un cambio educativo profundo, dirigido a la construcción y el progreso de una sociedad moderna y solidaria, necesita muy especialmente un tiempo en el que se hayan podido realizar las reflexiones y las experiencias educativas necesarias, un momento de movilización de una vanguardia de profesionales competentes, dispuestos al esfuerzo de plantear nuevos retos capaces de movilizar a su vez un número creciente de colectivos. Sólo esa posibilidad de cambio percibida socialmente es la que garantiza la necesaria ilusión colectiva, la adhesión entusiasta y continuada de la ciudadanía a un proyecto de mejora educativa.

En el desarrollo de la valiente apuesta educativa de la República se tiene la percepción clara de que existió ese entusiasmo colectivo de vanguardias excelentes, creadas a lo largo de decenios, y una gran ilusión puesta en la enseñanza, desde muy diferentes sectores sociales, junto una decidida obra de Estado en pro de un cambio que quebrara la larga discontinuidad educativa y cultural, y la discriminación que suponía para amplias capas sociales.

El reto, como no podía ser menos, fue doble: acometer una empresa de grandes dimensiones y complejidad, la creación de una escuela moderna y de todos, realmente pública, enfrentándose a la vez con una oposición inmovilista y muy combativa.

Hoy en que, de nuevo, nos planteamos la necesidad de defender la modernidad y la eficacia de esa escuela pública, con una presencia igualmente enfrentada de defensores y detractores, parece pertinente volver la mirada hacia la tradición educativa más democrática y avanzada de nuestro pasado reciente, como fue en su tiempo la de la Segunda República española. El tiempo actual es otro, y no se trata, obviamente, de trasladar miméticamente lo que se hizo en aquella época, aunque muchas de sus actuaciones nos sorprenden como útiles y avanzadas todavía a día de hoy. En el terreno educativo en particular, la recuperación de esta tradición no es sólo un problema historiográfico, un homenaje o una deuda moral, es también una necesidad vital de nuestro presente.

La Segunda República planteó la reforma educativa como una de sus reformas esenciales, prioritarias, determinada a elevar la dignidad y la eficacia de la escuela, no sólo para producir conocimiento sino para utilizar éste como un instrumento de desarrollo social y de regeneración moral. Para entender el calado y la proyección de las propuestas republicanas hay que sobrepasar pues el tiempo estricto de su existencia, considerar diferentes etapas antes y después del periodo que va de 1931 a 1939, y situarla en un contexto amplio.

*Hubo un primer tiempo de gestación*, anterior al 14 de abril del 31, en contacto con las vanguardias pedagógicas europeas y americanas, en el que se desarrolló la mayor parte de las propuestas teóricas y prácticas y se crearon instituciones educativas excelentes, ejes de las reformas futuras, y donde se formaron muchos de los maestros y profesores que luego serían vitales.

*Vino después el tiempo republicano*, de ampliación de esas experiencias al conjunto de la ciudadanía a partir de la nueva Constitución de 1931. El momento de protagonismo del Estado, de gran expansión de las reformas educativas en el primer bienio de 1931 a 1933, el tiempo de la gran política educativa, de las construcciones, de la legislación, de la voluntad de crear una auténtica escuela pública. Como se esperaba, hubo también momentos de lucha, incluso de claro retroceso ante los recortes de la política educativa conservadora en el segundo bienio, que se conoció en educación como *rectificador* precisamente.

La gran ilusión educativa se convirtió en *un combate sin tregua*, sobre todo a partir de la rebelión militar de 1936. Y *en un epílogo dramático*, la victoria de quienes apoyaron las posiciones educativas conservadoras de la enseñanza confesional, dejó paso a una larga y cruenta dictadura, en la que se instaló de nuevo una larga discontinuidad educativa y cultural.

Por un lado, en España, la dictadura franquista significó en el terreno educativo la imposición del nacional-catolicismo en la escuela, la vuelta al dominio de la Iglesia y el regreso a las formas más anticuadas y retrógradas en la investigación y en la enseñanza. No sólo se paralizó la obra educativa republicana. Se persiguió con una saña especial a los representantes de los cambios educativos, a los maestros, los profesores, los intelectuales. Y con ello se atacó no sólo el presente sino también el futuro, secuestrando su memoria y creando así una ruptura educativa y cultural de funestas consecuencias para las generaciones siguientes.

Por el contrario, mientras en España se mantuvo la represión general y educativa durante décadas y se procuró el avance del olvido, fuera de nuestras fronteras multitud de republicanos mantuvieron fielmente en esta nueva y difícil etapa su confianza en el poder regenerador de la educación. Siguieron produciendo su obra en el exilio aun en medio de grandes dificultades, siguieron enseñando, creando escuelas, investigando y escribiendo y dejaron de nuevo su obra hecha, que sirvió a su vez como semilla en otras tierras, en Latinoamérica sobre todo.

Estos son los tiempos y los espacios en que se movió la biografía de muchos de los hombres y mujeres que pusieron en pie la empresa. Lorenzo Luzuriaga, junto a su esposa M<sup>a</sup> Luisa Navarro, fueron algunos de sus protagonistas más señalados. Ellos recorrieron todas las etapas y trabajaron en muchos de sus frentes.

### **La formación institucionista de Luzuriaga**

Lorenzo Luzuriaga Medina (1889-1959), fue un representante prestigioso del proyecto republicano desde sus orígenes hasta el exilio. No sólo recorrió todas las etapas. A lo largo de ese recorrido su perfil humano y profesional se fue construyendo de tal manera que sus diferentes facetas se identifican claramente con las líneas que fueron definiendo el proyecto educativo renovador, al que a su vez contribuyó claramente a construir.

Autor de más de 50 obras originales y hasta 31 traducciones de libros fundamentales, junto a más de 150 artículos sólo en dos de las grandes revistas en las que publicó constantemente, el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza (BILE)* y la prestigiosa *Revista de Pedagogía* que fundó y dirigió, más un nutrido grupo de artículos en periódicos españoles y extranjeros, configuran una obra escrita de gran calidad y envergadura. Pero no sólo fue un investigador de las nuevas corrientes pedagógicas y un teórico de la educación en general y de la política educativa en particular, sino que unió a esa actividad la de docente activo y la del compromiso político por la educación. La reedición actual de algunas de sus

③ Lorenzo Luzuriaga, *La escuela única*, edición de H. Barreiro, Biblioteca Nueva, 2001; Lorenzo Luzuriaga, *La escuela nueva pública*, edición de C. Lozano Seijas, Ed. Losada, 2002; H. Barreiro Rodríguez, *Lorenzo Luzuriaga y la renovación educativa en España (1889-1936)*, Edicions do Castro 1989. Primeras Jornadas de Educación «Lorenzo Luzuriaga y la política educativa de su tiempo», Diputación de Ciudad Real, 1984.

④ *Homenatge a Lorenzo Luzuriaga: l'Educació Nueva i La Segona República*, Isabel Luzuriaga i Pilar Maestro. VI Jornades d'Història: Història, Memòria i Democràcia. Òs i abús del passat. València, 2006.

obras, pocas todavía, y la realización de algunos trabajos individuales y colectivos, nos devuelven su memoria y nos permiten recuperar su figura y su obra ③, empresa en la que hemos de agradecer muy especialmente las aportaciones de su hija, Isabel Luzuriaga, exiliada ya a los once años junto a toda su familia, prestigiosa psicoanalista que, después de tantos años, reside de nuevo en Madrid, y con quien hemos compartido hace bien poco, en un homenaje de Valencia a aquellos republicanos, el gusto por la conversación y el recuerdo sobre la personalidad y la obra de su padre, cuyos principios siguen vivos en ella ④.

En sus inicios el entorno humano más cercano, el familiar, pareció predisponer a Lorenzo Luzuriaga hacia el mundo de la educación. Nació en el seno de una familia de maestros. Su padre, vasco casado en segundas nupcias, era director de escuela de Valdepeñas al nacer su hijo Lorenzo en 1889 y su esposa era la hermana de otro maestro de la escuela. En el seno de la familia existían ya dos hermanos mayores que eran maestros también, amén de otros parientes cercanos. Más adelante Lorenzo se casaría con una prestigiosa maestra republicana, M<sup>a</sup> Luisa Navarro. También el contexto histórico parecía incitar a tomar partido en la disputa educativa. Un panorama que ofrecía grandes contrastes. Junto a una situación desastrosa de la educación oficial, una tradición educativa renovadora minoritaria, pero extremadamente interesante, que ofrecía la posibilidad y las oportunidades de desarrollar experiencias educativas, con la que Luzuriaga conectó desde el primer momento.

Al amparo de sus hermanos mayores, huérfano ya de padre, Lorenzo estudió magisterio, comenzando desde abajo una carrera que pasaría por muchas dedicaciones. Y lo hizo con las naturales dificultades económicas de su orfandad. Como nos relataba su hija Isabel, su padre recorría a pie la distancia entre su residencia en Aravaca y Madrid, en cuya Escuela Normal se hizo maestro en 1908.

En Madrid entró en contacto con las grandes figuras de la vanguardia pedagógica de la Institución Libre de Enseñanza, siempre en el marco de una serie de instituciones educativas ejemplares creadas bajo la inspiración más o menos directa del ideario pedagógico institucionista, desde sus inicios. En esas instituciones se forjaron las generaciones de maestros, profesores, inspectores e investigadores que darían fermento a la formación de una auténtica y cada vez más amplia vanguardia pedagógica, cuyos trabajos, a lo largo de decenios, impulsarían la labor educativa republicana más tarde. En ellas entró en contacto L. Luzuriaga con la práctica y la teoría institucionista, integrándose en seguida por derecho propio en dicha vanguardia.

La creación de la escuela libre institucionista en 1876 había significado precisamente -como se explicita claramente en su mismo nombre-, la necesidad imperiosa de un grupo de profesores e intelectuales de defender la libertad de enseñanza. Idea central porque se trataba de la libertad necesaria para cualquier propuesta de cambio y para liberarse de cualquier dogmatismo.

En este como en otros aspectos que iremos viendo, la ILE fue pionera. Desde finales de los años de 1880 surgieron en Europa y en Norteamérica una serie de escuelas libres, de nuevas escuelas fuera del control oficial en general, que pretendían romper con tradiciones inmovilistas y confesionalidades excluyentes. Este movimiento que se conoció como el de las Escuelas Nuevas, y que Luzuriaga frecuentó personalmente, estudió a fondo y divulgó en España, fue muy variado, pero tuvo un motivo central unificador: la necesidad de defender la libertad de profesores y alumnos al mismo tiempo. La defensa de la libertad de enseñar, que no es sino el ejercicio libre de la investigación y su enseñanza, y la necesidad de



ejercitar la acción libre del alumno al aprender, de estimular la capacidad creadora y el compromiso con la libertad y los valores morales, una educación en definitiva para ser libres. Antes, durante y después de este movimiento desde abajo, en paralelo en definitiva, una vivificante corriente teórica de la educación recorrió también Europa y Norteamérica, en busca de los argumentos y las bases teóricas que avalaran aquel mismo anhelo de renovación social desde la escuela. Corriente que agrupa a sus diferentes representantes bajo el denominador común de la Educación Nueva y que, partiendo de las pioneras teorías del norteamericano John Dewey, unieron a su nómina de investigadores y experimentadores, personalidades como las de Decroly en Bélgica, Claparède en Suiza, M. Montessori en Italia, Ferrière en Suiza, Cousinet en Francia, o Kerschensteiner en Alemania, y tantos otros. Ambos movimientos tuvieron un fuerte carácter asociacionista. Sus maestros y profesores se unieron pronto en asociaciones independientes que mantenían encuentros constantes, intercambiando experiencias. Todas las concernientes a la Educación Nueva se unieron en 1921 en una *Liga Internacional de Educación Nueva*, a la que perteneció Luzuriaga <sup>⑤</sup>. Pero en todos ellos, libertad y renovación fueron las palabras clave. Luzuriaga realizó un papel fundamental en la presencia española en este movimiento internacional, representado a España, tratando personalmente a sus figuras más prestigiosas y traduciendo muchas de sus obras clave, todo lo cual divulgaría su conocimiento entre cientos de profesionales del magisterio español.

En el caso de España, los profesores universitarios que impulsaron la vanguardia de la ILE habían mantenido mucho antes de su creación una dura lucha por la libertad de enseñanza, es decir, por el derecho a enseñar con arreglo al «*..cultivo y propagación de la ciencia*», tal como rezaba el art. 1 de sus estatutos, manifestándose ajenos «*...a todo espíritu e interés de comunión religiosa, escuela filosófica o partido político, proclamando tan solo el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquier otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor; único responsable de sus doctrinas*» (Art.15). En el caso español, la enorme dificultad que habían sufrido para ejercer esa libertad los llevó a protagonizar graves enfrentamientos, bien conocidos, con las autoridades educativas más conservadoras que se expresaron en las diferentes cuestiones universitarias <sup>⑥</sup>. Muchos de los profesores liberales y krausistas, futuros institucionistas, sufrieron persecución, cárcel o destierro, entre ellos Sanz del Río, Fernando de Castro, D. Francisco Giner y tantos otros, nada dispuestos a aceptar profesiones públicas de fe política o religiosa, como el mismo Luzuriaga recordaría más tarde en su última obra, escrita ya en el exilio <sup>⑦</sup>. Ese impulso por la libertad de enseñanza, —siempre colofón necesario de la necesaria libertad de investigación y de pensamiento entre los institucionistas—, concepto tan tergiversado y manipulado en nuestros días, fue el que obligó a este primer grupo de la vanguardia educativa a refugiarse en un proyecto privado al que no alcanzaran las exigencias de la enseñanza «oficial», expresión no de una enseñanza pública, sino del control político e ideológico a que era sometida.

Los futuros institucionistas apostaban a la vez por una escuela nueva para todos, una escuela pública, con nuevos métodos, abierta a todas las clases sociales, sin discriminación de ningún tipo, y orientada a educar y a instruir a la vez, germen de una nueva sociedad libre y solidaria. Esa convicción constituyó su firme vocación pública. De ahí la unión de la experimentación y desarrollo de las nuevas prácticas en sus propias aulas, con la tarea de influir

<sup>⑤</sup> «La Nouvelle Education», la «New Ideals in Education», la «Progressive Education Association», o el «Bund Entschiedener Schulreformer», señaladas por Luzuriaga en sus estudios como las más importantes entre otras muchas. Ver: L. Luzuriaga, *La Educación Nueva*, Museo Pedagógico Nacional, J. Cosano, Madrid, 1927.

<sup>⑥</sup> V. Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza, I. Orígenes y etapa universitaria (1860-1881)*, Madrid, Rialp, 1962. Asimismo, M. Morayta, *La libertad de cátedra*, Madrid, Editorial Española-Americana, 1911.

<sup>⑦</sup> L. Luzuriaga, *La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España*, Universidad de Buenos Aires, Depto. Edit., 1957. C. Rodríguez Coarasa, *La libertad de enseñanza en España*, Madrid, Tecnos, 1998.

⑧ A. Molero Pintado, *La Institución Libre de Enseñanza. Un proyecto de reforma pedagógica*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

de una forma u otra en la creación de una red de centros, de instituciones públicas, desde las que se pudiera garantizar la profundización de la experiencia renovadora, y su difusión hacia sectores y asuntos cada vez más amplios ⑧.

Aunque muchas veces se les acusó de elitistas, lo cierto es que lo fueron en el mejor sentido del término, en el de su excelencia. Todos los centros que fueron creando –fuera de su propia escuela libre de experimentación–, fueron siempre instituciones oficiales, aprovechando el propio prestigio del grupo y los escasos momentos de la presencia liberal en algún gobierno o al frente del recién creado Ministerio de Instrucción Pública (1900). Eso se tradujo en la constante creación de nuevos organismos dependientes de los ya creados que completaban de alguna forma sus funciones, y también en los canales de comunicación que de una forma u otra se establecían siempre entre las nuevas creaciones y las ya existentes. Se pretendía con ello crear toda una red oficial y conectada entre sí que multiplicara su eficacia y cubriera las necesidades de una futura renovación a nivel de Estado. El tiempo y el contexto político en que se hizo posible fue el de la Segunda República.

Esa misma relación entre todas las instituciones se encuentra presente en la biografía de la mayoría de sus miembros, que colaboraban o intervenían de alguna forma en muchas de ellas. Ese fue también el caso de Lorenzo Luzuriaga desde el primer momento, manteniendo relaciones desde diferentes instituciones con profesores de la talla del mismo Cossío y Francisco Giner de los Ríos, o con José Ortega y Gasset, Luis Simarro o Américo Castro, Rafael Altamira o Domingo Barnés, José Castillejo y muchos más con los que compartiría tareas.

El pensamiento institucionista, y el contacto con su hombres y sus realizaciones estuvo presente con gran fidelidad en la vida de Luzuriaga, desde los comienzos hasta su obra final en el exilio, determinando incluso la redacción de su última obra escrita, dedicada precisamente a honrar la memoria de esa gran tradición en la que había hecho sus primeros pasos, en homenaje y también con el objetivo expreso de que no se perdiera su memoria y la de las figuras que la dirigieron «...a las que alguna vez se hará en España la justicia que ahora les es negada», como auguraba poco antes de morir ⑨.

⑨ L. Luzuriaga, *La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España*, op. cit., pág. 10.

En los primeros años de su formación fue definitiva su relación con tres centros educativos en particular: el Museo Pedagógico Nacional, la Junta para Ampliación de Estudios (JAE), de origen claramente institucionista, y la Escuela Superior del Magisterio, del ámbito de su influencia. Ese triple encuentro se dio casi simultáneamente, en los años 1908 y 1909, después de su titulación como maestro, constituyendo el marco de muchas de sus realizaciones posteriores.

El primer contacto se estableció en el Museo Pedagógico, regentado por Cossío, que le presentó a D. Francisco Giner, a cuyas clases asistió inmediatamente Luzuriaga. Ya nunca abandonó aquella institución hasta su partida para el exilio.

A la vez, inició sus estudios superiores en la nueva Escuela Superior del Magisterio donde entró en contacto con profesores de gran calidad, muy cercanos al ambiente institucionista. Entre ellos, uno de los más influyentes a lo largo de toda su vida fue Ortega y Gasset, profesor que, a su vez, regresaba por entonces de Alemania, de la Universidad de Marburgo, a donde había viajado precisamente becado por otra de las instituciones de la ILE, la Junta para Ampliación de Estudios. En esta Escuela compartió estudios con los miembros de lo que sería su primera promoción (1909-1912), figuras tan ligadas a la ILE como Gloria Giner de los Ríos o María de Maeztu, o la que sería su esposa, M<sup>a</sup> Luisa Nava-

ro. La Escuela Superior del Magisterio había nacido en 1909 con la doble misión de formar conjuntamente a los futuros Inspectores de Enseñanza Primaria –cuerpo recién creado en 1907– y a los profesores de las Escuelas Normales. Y ello a partir de un plan de estudios esbozado ya por Cossío unos años antes, que mantenía como prioritaria la necesidad de que ambos cuerpos se mantuvieran en contacto desde su formación. Allí se formó toda una generación de profesores de Normal e Inspectores, definitivos en la renovación de la calidad del Magisterio, entre ellos Luzuriaga que, ya como Inspector de Primaria, se incorporó oficialmente a las tareas del Museo Pedagógico como Inspector Agregado, dirigiendo a partir de entonces y durante más de 20 años junto a Cossío, la Secretaría de Publicaciones.

Y también por entonces había entrado ya en contacto con la Junta para Ampliación de Estudios y su mentor Castillejo, amigos ya hasta el exilio, y había sido becado para visitar primero Montpellier y luego en 1913-14 las Universidades de Berlín y Jena, hasta el estallido de la guerra. Además de estudios de un tema especialmente importante, la inspección, comenzó allí sus contactos con el movimiento de las Escuelas Nuevas y entró en muy estrecha relación con la filosofía alemana, en la que le había iniciado ya Ortega, y en especial la Pedagogía Social, cuya admiración compartía también con su profesor de Filosofía. Estos primeros viajes no fueron sino el comienzo de una larga trayectoria viajera gracias a la que atesoró una extraordinaria información sobre las teorías y las prácticas educativas renovadoras que fue llevando a su obra escrita metódicamente. El fuerte espíritu europeísta de Castillejo y la misma apertura internacional que significaba la JAE y toda la ILE, fortaleció la clara apuesta europeísta de Luzuriaga.

### La labor formadora de Luzuriaga

El primer contacto con el Museo había sido el de un estudiante que se iniciaba en todo lo que fue el interés máximo de su vida. Allí fue alumno de D. Francisco Giner, allí leyó incansablemente en la magnífica biblioteca pedagógica del Museo, conversó con Cossío y se preparó para sus estudios superiores en la Escuela Superior del Magisterio. Allí realizó su primera función docente en otra de las creaciones del Museo: las Colonias Escolares <sup>10</sup>. Allí conoció el espíritu de las primeras experiencias de Cossío sobre las que serían después una gran realización republicana, las Misiones Pedagógicas, encaminadas a extender la cultura al medio rural, con preferencia al más desfavorecido.

El Museo Pedagógico Nacional fue la primera institución oficial de envergadura creada por la ILE, ya en 1882. Respondía a un objetivo prioritario: elevar el nivel de formación tanto cultural como pedagógica de los maestros, complementando el trabajo de las Escuelas Normales, e incitándoles a realizar nuevas experiencias y a conocer las de otros países. Disponía de una excelente biblioteca, un ágil sistema de préstamos y un magnífico servicio de publicaciones. Y también materiales didácticos de todo tipo. La idea de la ILE y la de Luzuriaga era que los maestros eran la clave de una futura escuela pública. Algunos historiadores de la educación consideran incluso que fue éste un objetivo asumido por la ILE con toda decisión y constancia, con más profundidad incluso que muchas otras de las experiencias punteras que se desarrollaron en Europa. Y también fue la base de la educación republicana.

Como Luzuriaga repetiría, si a la República francesa se la ha conocido como la República de los profesores, bien se podría decir de la República española que fue la República de los maestros.

<sup>10</sup> Las experiencias de las colonias fueron recogidas año tras año desde 1887 en las publicaciones del Museo Pedagógico Nacional y eran gratuitas para los maestros al igual que todas sus publicaciones. Experiencia interesante ya que, a diferencia de lo que ocurría en otras europeas, de finalidad sanitaria, las colonias de la ILE tenían un carácter social y pedagógico. Los alumnos recibían el conocimiento sin agobios de programas, en una enseñanza no reglada, con un original sistema basado en la observación de la naturaleza, las sesiones de lectura colectiva, la redacción de diarios y narraciones, el cultivo de la música folclórica, o las visitas y excursiones locales, y otras iniciativas, reflejo de las aportaciones del ideario pedagógico de la ILE en los cursos ordinarios.

La República, en su momento, acogió el Museo como algo fundamental y aumentó sus recursos materiales. La Biblioteca del Museo llegó a ser extraordinaria en esa etapa, probablemente la mejor biblioteca oficial moderna, llegando a tener en 1932 fondos mejores que los de las Universidades y añadiendo a las actividades formativas ya existentes, las novedades tecnológicas útiles para el aula, como el cine, la radio o los gramófonos, que tanto se utilizarían también en las Misiones Pedagógicas republicanas, inspiradas y dirigidas por Cossío, que ya había realizado con anterioridad experiencias pioneras. Las líneas de continuidad aparecen siempre de forma nítida.

Desde este objetivo central Luzuriaga realizó una labor absolutamente definitiva para la formación de los docentes y para su incorporación a las nuevas corrientes educativas. Los maestros encontraron desde el primer momento, y durante veinte años, un apoyo sustancial en las publicaciones originales y en las numerosísimas traducciones del Servicio de Publicaciones, muchas de ellas firmadas por el mismo Luzuriaga.

En orden a la formación de los maestros dibujó un plan completo de investigaciones que se desarrolló metódicamente. Los primeros trabajos se dirigieron al conocimiento y divulgación de la propia historia educativa, sobre la enseñanza primaria en España. En 1915, el primer año de su ejercicio, reeditó ya una obra fundamental de Cossío que necesitaba una actualización profunda, *La Enseñanza Primaria en España*, de 1897 fue actualizada y completada por Luzuriaga, constituyéndose esta 2ª edición en un libro de cabecera.

Emprendió inmediatamente una investigación concienzuda para la que acudió al magisterio de Rafael Altamira en la JAE, donde además estableció contactos con personas como el Doctor Simarro que le introduciría en la Psicología científica, y donde estudiaría la importancia del psicoanálisis. Nada le resultaba ajeno. A lo largo de su vida se interesó por temas tan diversos como el psicoanálisis y la educación, el derecho a mantener la lengua propia en la escuela y la cuestión del bilingüismo, o la educación sexual. Bajo la orientación de Altamira reunió una extensísima documentación que tituló *Documentos para la historia escolar de España* y que se editó desde el Servicio de Publicaciones de la JAE ⑪. En los dos tomos de la extensa obra se ofrecían los documentos de la historia escolar comentados por Luzuriaga, como un material de estudio excelente.

Esta conexión de Luzuriaga, maestro e inspector de Primaria con la JAE y con historiadores y científicos revela ya el espíritu de esta institución que respondía a objetivos centrales sobre la organización futura de la enseñanza y la investigación, que Luzuriaga incorporó de inmediato.

La Junta para Ampliación de Estudios había nacido en 1907 como un organismo oficial de formación universitaria pero regido por un patronato formado por grandes personalidades que le garantizaba una autonomía importante frente a un mundo académico cerrado y necesitado de renovación. Su labor se extendía a dos apartados básicos. Por una parte estaban las becas que permitieron a muchos profesores realizar viajes al extranjero, a otras Universidades y centros de Investigación. Ello significaba la apertura internacional hacia otras formas de hacer ciencia, y también a otras formas de enseñar, ya que también fue contemplada la formación y la investigación pedagógica, tan rica en Europa y América en aquellos momentos. Pero significó algo más novedoso todavía. Significó la presencia entre aquellos becados de maestros y profesores de secundaria, o inspectores de Primaria como el mismo Luzuriaga. Allí trabajaron maestros como Rosa Sensat, Pau Vila o Joan Bardina, que

⑪ L.Luzuriaga, *Documentos para la Historia escolar de España*. Tomo I, *Hasta 1800*, Tomo II, *De 1800 a 1895*, Madrid, Publicaciones de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, 1916, 1917.



impulsarían después nuevas escuelas de amplia repercusión, hasta hoy mismo incluso. Allí tomaba forma una primera experiencia de la unión de los niveles educativos en cuanto a la formación, de sus profesores, que debía atender a una calidad y rango igual ②.

Más adelante, hacia 1910, surgirían dependientes de la estructura de la JAE los Institutos Universitarios, verdaderos centros de investigación y formación que, fuera del corsé académico, pudieran proporcionar un ambiente libre de investigación que renovara las Universidades. Contaron en su haber Institutos del prestigio del Centro de Estudios Históricos dirigido por R. Menéndez Pidal, y personalidades del prestigio de A. Castro o R. Altamira; el Instituto Nacional de Física y Química, con Cajal, Blas Cabrera o Negrín y la Asociación de Laboratorios, impulsada por Torres Quevedo para los estudios experimentales. Todos ellos fueron divididos en secciones especializadas que fueron creciendo en número y actividades ③. En sus cursos y seminarios encontramos también el mismo espíritu de libertad investigadora y apertura internacional y la presencia de profesores de todos los niveles. Esa libertad y esa comunicación entre diversos niveles educativos ya desde su propia formación traducía uno de los aspectos del sentido unificador de la educación, de la futura escuela unificada, que nada tenía que ver con exclusiones o discriminaciones sino todo lo contrario.

La misma idea se traducía en el deseo de que la formación fuera plural, lejos de excesivas divisiones entre lo científico y lo humanístico o artístico. A esa idea responde la aparición de otra institución de la Junta, mucho más conocida, la Residencia de Estudiantes (1910, 1915) que, desde el espíritu anglosajón de Castillejo se perfilaba como un lugar de convivencia de alumnos y profesores y de alumnos entre sí, en relación con otros profesores o representantes de la cultura extranjeros con los que convivir y dialogar de una forma cotidiana. La nómina de profesores de «casa» y alumnos destacados, como el conocido trío Lorca, Dalí, Buñuel, o Guillén, Alberti, Machado o J. Ramón Jiménez, Unamuno y Ortega, componen un cuadro magnífico junto a visitantes extraordinarios en una variedad de intereses que va desde Einstein a Ravel, o de Maria Curie a Stravinsky, que nos muestra el espíritu de integración cultural que en ella se respiró. Los testimonios de todos los que pasaron por allí la sitúan como una experiencia fructífera e inolvidable.

La República impulsó y rentabilizó también esta institución. De ella salieron muchas de las personalidades de la cultura que animarían las actividades de las Misiones Pedagógicas, y también la experiencia de teatro popular tan conocida de Lorca capitaneando un grupo entusiasta, La Barraca. En la Residencia, la República construyó también un excelente Auditorio.

La última gran institución de la ILE, antes de la República, respondió al intento de conjugar la enseñanza primaria y la secundaria en un continuum que evitara la separación entre los dos niveles educativos y la discriminación social en el acceso. Como su nombre indica el Instituto-Escuela, con guión, creado en 1918, bajo el Ministerio de Santiago Alba, tenía la misión de realizar una experiencia que estudiara las posibilidades, las formas de realizar aquella unión. En él encontraremos de nuevo como profesores a Luzuriaga y a su esposa M<sup>a</sup> Luisa y como estudiantes a todos sus hijos. Los recuerdos de Isabel Luzuriaga, al igual que los recuerdos transmitidos en conferencias y escritos de los antiguos alumnos del Instituto-Escuela, nos muestran hasta qué punto los objetivos pedagógicos se hacían realidad ④. Es importante resaltar cómo se fueron desarrollando en la práctica los diferentes principios de lo que sería la escuela unificada republicana. Otra cuestión sería su extensión a toda la sociedad, que requería de nuevo una obra de Estado. En ese mismo año Luzuriaga escri-

② El listado de becarios de la JAE nos da una idea de su importancia: Altamira, Barnés, Llopis, A. Llorca, M<sup>a</sup> de Maeztu, Martí Alpera, Zulueta, Rosa Sensat, C. Sánchez Albornoz, Ramón Carande, Terán, Azaña, Blas Cabrera, Besteiro, Ortega, García Morente, Zubiri, A. Machado, Alberti, Pérez de Ayala... y una lista interminable. Véase Teresa Marín Eced, *Innovadores de la educación en España. Becarios de la Junta para Ampliación de Estudios*, Serv. Publicaciones Castilla la Mancha, 1991.

③ Ver A. Jiménez Landi, *La Institución Libre de Enseñanza y su ambiente*, vol. VI, Madrid 1996.

④ Es especialmente clarificador el relato de Julio Caro Baroja acerca de su paso por el Instituto-Escuela. Véase L. Palacios Bañuelos, *Instituto-Escuela. Historia de una renovación educativa*, Madrid, MEC, prólogo de J. Caro Baroja.



bía un Informe para la ponencia educativa del PSOE en su XI Congreso donde se reclamaba, entre otras muchas cosas, la unión de los diferentes niveles en cuanto a la formación del profesorado y a su acceso para los alumnos, sustituyendo las antiguas divisiones de primaria y secundaria por una enseñanza común y obligatoria hasta los 18 años.

La República acogió aquella experiencia como un plan de futuro al que debían preceder la construcción de miles de escuelas y la preparación de miles de maestros. El Instituto-Escuela de Madrid, el único que había funcionado, a pesar de los excelentes resultados de sus seis primeros años, y languidecido en la etapa de la dictadura de Primo de Rivera, se tomó como modelo para una futura reorganización de la enseñanza Primaria y Secundaria. Se comenzó inmediatamente la creación de nuevos Institutos. Fernando de los Ríos creó los Institutos-Escuela de Barcelona, Valencia <sup>⑤</sup> y Sevilla en 1932, y la legislación permitió a los centros de Secundaria que lo solicitaran la creación en su interior de un grupo preparatorio de primaria. Todo lo cual podría permitir la generalización del modelo en el futuro. En el Proyecto de Bases de la Enseñanza Primaria y Segunda Enseñanza se disponían normas para unir ambos niveles, aunque parecía utópico establecer la unidad completa en 1932, en vista de los muchos problemas que presentaba todavía.

Efectivamente, la situación de la educación en España se encontraba en pésimas condiciones <sup>⑥</sup>. Si el XIX había significado para muchos otros países el proceso de alfabetización, en España se estaba muy lejos todavía de erradicar el analfabetismo. El desarrollo educativo necesitaba luchar contra esta rémora para poder progresar y renovarse. Luzuriaga, entre sus primeras investigaciones escoge el estudio del analfabetismo español en ese momento. En 1919 aparece ya una de sus obras clave sobre este problema, que estudia con detenimiento <sup>⑦</sup>. Según su advertencia, esta obra tenía la intención de relacionar el analfabetismo y el nivel de escolarización, el número de escuelas y su reparto geográfico y social, estableciendo una serie de hipótesis muy interesantes y reuniendo una cantidad ingente de datos reelaborados y estructurados en cuadros, mapas y gráficas que permitían al lector —al maestro— hacerse una idea muy clara del problema. Es un libro que aún es citado por historiadores de la educación en los años de nuestra transición y más tarde, al publicarse las primeras obras sobre la educación republicana. Como él mismo declaraba no se trataba sólo de una obra erudita o documental, sino que trataba con ella de «...*estudiar los medios para combatir el analfabetismo*» cuya erradicación coloca en relación con un aumento considerable de escuelas y maestros en condiciones adecuadas, condición a su vez inexcusable para llevar la cultura a las zonas más desfavorecidas. En su plan formativo y desde los primeros momentos, Luzuriaga se impone la tarea de fundamentar con estudios serios las demandas sociales que formarán parte de sus propias propuestas políticas.

La obra republicana recogería también este desafío desde el primer momento. Por una parte con la política de construcción de escuelas y la dotación de nuevos maestros, necesidad atendida con prioridad y generosidad. Ya el gobierno provisional aprobó de urgencia, con créditos extraordinarios, la creación de 7.000 plazas nuevas de maestros y maestras, al que se sumaron 2.580 en 1932, y se preveía para los siguientes presupuestos la creación de 4.000 más. Si antes del 14 de abril de 1931 había una plantilla de maestros de 37.599, en 1933 era ya de 50.260. El crecimiento se enlenteció extraordinariamente en el segundo bienio, creándose tan sólo alrededor de 200 plazas más hasta abril de 1935. Más del 85 % de los maestros vieron mejorado su sueldo y se estableció un sueldo mínimo. Y se trazó

<sup>⑤</sup> L. Esteban Mateo y A. Mayor-domo, *El Instituto-Escuela de Valencia (1932-1939). Una experiencia de renovación pedagógica*, Valencia, 1984. R. Llopis, *La revolución en la escuela. Dos años en la Dirección General de Primera Enseñanza*, Madrid, 1933.

<sup>⑥</sup> I. Martín Jiménez, «Ser maestro en la España del siglo XIX», *Historia Social*, nº 33, Valencia 1999, págs. 3-23.

<sup>⑦</sup> L. Luzuriaga, *El analfabetismo en España*, Madrid, MPN, 1919. Estudio riguroso, Luzuriaga hace una segunda edición en 1926 a fin de incorporar los nuevos censos de 1920.

⑱ Véase A. Molero Pintado, «Estudio preliminar», en *La educación durante la II República y la Guerra Civil (1931-1939)*. T. IV *Historia de la Educación en España*, MEC, 1991.

⑲ Decreto del Patronato de Misiones Pedagógicas, 29 de mayo de 1931.

⑳ En especial los relatos del libro de Josefina Aldecoa, *Historia de una maestra*, Barcelona, Anagrama, 1996.

un plan de cinco años para crear las escuelas necesarias, estimadas en alrededor de 27.000, aprobadas por el ministro Marcelino Domingo en 1931 gracias a un Plan Nacional de Cultura con emisión de deuda del Estado. En el primer bienio, sólo hasta diciembre de 1932 se construyeron 9.620 escuelas de diversos tipos que siguieron en aumento ⑱.

Por otra el deseo de elevar el nivel cultural de las zonas con más carencias impulsó la creación del Patronato de las Misiones Pedagógicas ⑲, cuya finalidad última era acercar la cultura a esas zonas, de una forma directa e inmediata, altamente imaginativa. El proyecto ya tenía experiencias hechas bajo el impulso de su gran defensor Cossío. Pero ahora el Patronato y el presupuesto permitían una acción mayor. Estas Misiones se relacionaban con los maestros de cada pueblo cuando los había, o con los municipios directamente. Creaban Bibliotecas y fondos de materiales didácticos y llevaban espectáculos y actividades culturales de todo tipo. Son bien conocidas, incluso hay testimonios literarios emocionantes sobre la forma en que se desarrollaron ⑳. En ellas tuvo un papel principal la esposa de Luzuriaga, M<sup>a</sup> Luisa Navarro, cuya figura merece un estudio propio.

Y al igual que se hizo con el Museo Pedagógico, se impulsó la JAE, aumentando considerablemente el número de becados y el presupuesto que, a pesar de la excelencia de sus resultados, nunca había sido extraordinario en sus primeros años. Los becarios viajaron a la Sorbona, a la École Normale, al Instituto Rousseau, a las escuelas nuevas inglesas, a Jena, a Leipzig, a Berlín y a Estados Unidos, donde la importancia de la obra de John Dewey era cada vez mayor.

También se emprenderían reformas de gran calado a partir de un plan de Instrucción Pública de Primaria y Secundaria que preveía relaciones entre ambos niveles, pero que, presentado en diciembre de 1932 encontraría enseguida serios problemas para su desarrollo, como ocurrió igualmente con un Proyecto de Reforma Universitaria de marzo del 1933, cerca ya de las elecciones de noviembre que dieron la victoria a la derecha española unida bajo las consignas educativas de la Iglesia católica. El espíritu republicano mantuvo su apuesta por la educación y la cultura, pero su tiempo fue corto. Se necesitaba una mayor continuidad para emprender las reformas de fondo que pasaban por la solución del problema entre la enseñanza pública y la religiosa, que no podía depender de una alternancia política concebida en sentido decimonónico, con la destrucción sistemática de todo lo hecho por el gobierno anterior.

En un segundo orden de preocupaciones, Luzuriaga había comenzado ya otra serie de estudios que pretendían ofrecer su conocimiento del estado de la educación en el extranjero. Con el mismo rigor de siempre compone tres tomos, dedicados al estudio de la enseñanza en una larga lista de países, que él agrupa en países de lengua inglesa, lengua alemana y lenguas románicas ㉑, publicados entre 1915 y 1917. Se trata de obras utilísimas donde los maestros, futuros inspectores y profesores en general encontraron documentación más que suficiente y eficazmente elaborada para hacerse una idea completa de lo que pasaba en relación con la situación española. Utiliza para ello documentos oficiales y trabajos monográficos autorizados, realizando una labor clarificadora enorme, ya que su finalidad consiste en que los maestros, comparen estas informaciones con las que ya han sido ofrecidas sobre la enseñanza primaria en España de forma que tengan «... *un conocimiento cada día más preciso de nuestras necesidades*», que naturalmente no se refieren sólo a cuestiones materiales sino también a cuestiones tan candentes como la coeducación, la gratuidad, el papel de la inspección o la formación de los maestros.

㉑ L. Luzuriaga, *La enseñanza primaria en el extranjero*. T. I, *Países de lengua inglesa* (G. Bretaña e Irlanda, Australia, Nueva Zelanda, EEUU y Canadá); T. II, *Países de lengua alemana* (Alemania, Austria, Suiza, Holanda); T. III, *Países de lenguas románicas*. Madrid, MPN, 1915, 1916 y 1917.

La forma de volcar sus investigaciones en libros no muy largos está hecha de suerte que su estudio no resulta farragoso, ni desordenado, de forma que el maestro, como él quería, puede hacerse una idea exacta de los problemas y algunas formas de solucionarlos. Luzuriaga añade siempre un índice por materias donde el lector puede rastrear cualquiera de las cuestiones tratadas en ese volumen, sobre la coeducación, la enseñanza religiosa o cualquier otra, en cada uno de los países. Y cuida siempre de que la bibliografía utilizada no sea una exhibición erudita sino que esté presente en el Museo. Luzuriaga nunca se plantea la formación de los docentes como una cuestión técnica, de recetas y soluciones concretas. Insiste en el conocimiento y la reflexión sobre los grandes conceptos educativos.

Después de estas tres obras sobre la enseñanza en el extranjero, Luzuriaga se propone estudiar los cambios producidos en la enseñanza oficial en Europa después del fin de la Gran Guerra. Aparecerán pues unos años más tarde, entre 1928 y 1930 <sup>22</sup>. Se propone ahora formar una idea acerca del papel de los métodos en la enseñanza.

A pesar de que después de 1918, algunos países europeos intentaron realizar reformas en educación, éstas no abordaron a fondo los problemas, reduciéndose a cambios en planes y programas así como cambios técnicos en relación con cuestiones metodológicas que, a pesar de reclamarse de ciertos principios renovadores eran incapaces de incidir en los grandes problemas.

Luzuriaga intenta mostrar cómo las cuestiones metodológicas no pueden separarse de una concepción más profunda y social de la enseñanza. Y de una cierta inutilidad de esos cambios cuando no se incardinan a su vez en un cambio de la concepción educativa. Y a la vez, el hecho de que los grandes cambios no pueden partir de una reglamentación oficial, sino que necesitan de experiencias privadas, lejos de los condicionantes de la oficialidad, sin excluir sin embargo, un apoyo del Estado a las reformas dentro del sistema, por ejemplo en los casos que, como Estados Unidos, el marco federal permite cierta autonomía de las escuelas.

Esta concepción de la metodología plantea inmediatamente el problema del tipo de formación que necesita el profesorado y que Luzuriaga había estudiado en otras obras anteriores <sup>23</sup>, desde la misma preocupación de un plan educativo que integre armoniosamente todos sus elementos.

Luzuriaga se interesa pues por analizar la formación que reciben los maestros en las Escuelas Normales y su relación con la Universidad. De nuevo aparece la necesidad de una formación superior porque no considera la cuestión metodológica como algo simplemente técnico. Su inquietud por la envergadura de ese cambio se expresa con rotundidad «...no es posible imaginarse un cambio más radical en la misión del maestro», porque se trata de una concepción distinta «...de la escuela y la educación» que considera verdadera comunidad de trabajo entre profesores y alumnos para incorporar el cultivo de las muy diversas aptitudes sin ahogar las peculiaridades de cada individuo. Para conseguir esto es preciso un cambio total en la formación del maestro. Luzuriaga se hace eco de algunas experiencias, en Suiza, Inglaterra o Estados Unidos, donde la formación de los maestros se incardina en la enseñanza superior universitaria, aunque con caracteres propios <sup>24</sup>. Su apuesta por esta vía es clara, como lo demostrará ese mismo año en el documento que a petición del Partido Socialista Obrero Español redactará Luzuriaga como ponencia de educación, al que hemos aludido ya, reclamando la Facultad de Pedagogía para la formación de todo el Magisterio, entendido como un cuerpo único. También la República se hará eco de estas inquietudes.

<sup>22</sup> L. Luzuriaga, *Programas escolares e Instrucciones didácticas de Francia e Italia*, Madrid, MPN, Cosano 1928; *Planes escolares y planes de enseñanza en Alemania y Austria*, Madrid, MPN, Cosano, 1929, y *Programas escolares de Bélgica y Suiza*, Madrid, MPN, Cosano, 1930.

<sup>23</sup> L. Luzuriaga, *La preparación de los maestros*, Madrid, MPN, Cosano 1918 y, *Ensayos de Pedagogía e Instrucción Pública*, MPN, 1920, págs. 9-10.

<sup>24</sup> En esta misma dirección Luzuriaga ofrecerá también información valiosa sobre Hispanoamérica: L. Luzuriaga, *La enseñanza primaria en las Repúblicas hispanoamericanas*, Madrid, MPN, Cosano, 1921.

### La actividad política. La educación como proyecto de Estado

Luzuriaga es consciente de que no basta la investigación y la labor de formación. La educación es una cuestión pública, una futura obra de Estado, y debe apoyarse con todo tipo de actividades públicas, políticas y de formación de opinión.

Además de su intenso trabajo dentro de las instituciones de la ILE y en sus viajes al extranjero, en estos primeros años, había entrado ya en contacto con otros foros públicos. En ellos se mueve dentro de un grupo que él mismo calificaría como la generación de 1914, a pesar de que es una idea de generación discutida por quienes como Tuñón piensan que era un grupo bastante heterogéneo, aunque acepta que se trataba de un grupo con muchos «*esfuerzos comunes que se producen de 1913 a 1916*». En 1912 había ingresado en otra escuela nueva, la *Escuela Nueva* de Núñez de Arenas, de marcado carácter socialista. A diferencia de las escuelas nuevas, dedicadas a la enseñanza, esta Escuela Nueva se define más bien como una «*Asociación de cultura que se inspira en el trabajo de la Casa del Pueblo*», tal como la definía su fundador <sup>25</sup>. Lo cierto es que allí confluyeron profesores universitarios, y gente de la cultura y la política, y que los unió la idea de extender la cultura a las clases populares. Entre los socios más comprometidos contó con Azaña, Ortega, Castillejo, Salinas, Xirau, M<sup>a</sup> de Maeztu y Luzuriaga, además del núcleo central socialista de Núñez de Arenas, Araquistain, Carande, Morente, L. Palacios o Álvarez del Vayo, y un amplio grupo de colaboradores.

Por otro lado, en 1914, a su regreso de Alemania, Luzuriaga había ingresado en la Liga de Educación Política Española, impulsada por su maestro Ortega el año anterior <sup>26</sup>.

Luzuriaga fue uno de los integrantes del reducido grupo que ingresó en ambas instituciones, la de Núñez de Arenas y la de Ortega. Y de hecho, en la primera significó el enlace entre el pensamiento institucionista y el pensamiento socialista, que compartía, y cuyo reflejo se marcó en la ponencia educativa que elaboraría un poco más tarde, en 1918, para el XI Congreso del PSOE. Ponencia que el partido socialista solicitó a la Escuela Nueva y que redactó Luzuriaga, y cuyo contenido fue incorporado íntegramente al programa del PSOE, el primer partido que se hacía eco directamente de las nuevas propuestas educativas, tan claramente desarrolladas por Luzuriaga en aquel documento <sup>27</sup>. En expresión de uno de los mejores conocedores de la educación institucionista y republicana, L. Luzuriaga fue «*...un hombre clave para entender el cruce de tendencias e ideas dominantes en el ámbito pedagógico durante el primer tercio del siglo xx*» <sup>28</sup>. Cruce especialmente provechoso entre el institucionismo, el liberalismo de corte humanista, el socialismo y las vanguardias culturales, que influyó de forma definitiva en el desarrollo de un proyecto como el que cuajaría en la etapa republicana. L. Luzuriaga estuvo presente en ese cruce de tendencias con actuaciones de múltiple perfil que no sólo abarcan su tarea docente e investigadora, sino que se extienden a una gran labor difusora y de creación de opinión o al mismo trabajo político. En la etapa republicana ya el resto de los partidos de izquierdas habían incorporado también las propuestas presentadas en 1918 por Luzuriaga y repetidas en algunas de sus obras y documentos posteriores.

Aunque expuestas de una forma radical, muchas de las declaraciones de este documento, aparecido íntegramente en *El Sol* el 25 de noviembre de 1918, se basan en ideas presentes en el pensamiento institucionista y de la Educación Nueva, en especial en la Pedagogía Social. Luzuriaga y el PSOE reclaman en él la socialización de la cultura que supone la igualdad de derechos ante la instrucción, la gratuidad absoluta de todas las instituciones oficiales de educación y de instrucción, así como la gratuidad de los libros y material de enseñanza necesarios,

<sup>25</sup> M. Tuñón de Lara, *Medio siglo de cultura en España (1885-1936)*, Bruguera, 1982.

<sup>26</sup> Vale la pena consultar: «*Vieja y Nueva Política*». Conferencia de José Ortega y Gasset en el Teatro de la Comedia (23 marzo 1914). Prospecto de la Liga de Educación Política Española, Madrid, Renacimiento, 1914, donde aparece el listado de todos sus componentes.

<sup>27</sup> Documento completo en Tomo III de la *Historia de la educación en España, De la Restauración a la II República*, MEC, 1989, págs. 377-384.

<sup>28</sup> A. Molero Pintado, «Estudio preliminar» de *La educación durante la II República y la Guerra Civil (1931-1939)*. T. IV, *Historia de la Educación en España*, MEC, 1991, pág. 28.



y la existencia de becas numerosas que permitieran el acceso real a la enseñanza de todas las clases sociales. Desde el aspecto que denominan *técnico-pedagógico*, reclama la unificación de la enseñanza en todos sus grados «según la fórmula de la “escuela unificada”», suprimiendo las barreras entre la primaria y la secundaria y entre ésta y la superior. Se reclama la enseñanza preescolar desde los dos años, a cargo de personal femenino seglar y la gratuidad de alimentos y vestidos para los niños. Se establece una enseñanza primaria hasta los 14 años, que se dividirá en dos ramas «escuelas de segunda enseñanza y escuelas profesionales» hasta los 18 años, con carácter obligatorio hasta esa edad, y dividida en tres opciones, humanística, científica y tecnológica. La enseñanza superior, dotada de una *amplia autonomía* se divide en Escuelas Especiales y Universidades y se prevé la existencia de Extensiones Universitarias así como la gratuidad de todos los grados. Y en vistas a la erradicación del analfabetismo se proponen además de la reforma de las escuelas de adultos, que será obligatorias para los analfabetos, la existencia de escuelas de adultos para mujeres en todas las escuelas, y dirigidas por las propias maestras. Se establece la creación de bibliotecas populares, y la gratuidad de los museos, procurando que todas estas instituciones culturales y educativas se empleen para la realización de actividades instructivas populares. En cuanto al personal docente se propone el cuerpo único, desde la escuela primaria a la Universidad, con una preparación de igual rango, y una remuneración básica igual, y el establecimiento de Consejos académicos que se encargarán de organizar la docencia, respondiendo ante el Parlamento.

Esta actividad política de Luzuriaga respondía claramente a su idea de que la pedagogía social reclamaba una obra de Estado, un compromiso político con el que se identificaba, bastante menos que a la idea de una vida política profesional, que nunca fue su objetivo central.

Su actividad periodística, siempre dirigida a la formación de la opinión pública en pro de la educación y la cultura, respondía a las mismas posiciones. Luzuriaga la ejerció desde los primeros momentos, no sólo colaborando en Boletines y publicaciones profesionales como es el caso del magnífico *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, el *BILE*, que había aparecido ya en 1877, y en el que escribiría decenas de artículos, sino también en publicaciones de más amplio espectro social como la excelente revista *España*, exponente de la misma vanguardia cultural del 14, cuya nómina desfila completa por sus páginas hasta la desaparición de la revista en 1924<sup>29</sup>. Y también de una forma muy intensa colabora con el diario *El Sol*, desde su fundación en 1917, donde se le reserva una página fija los lunes dedicada a la Pedagogía<sup>30</sup>. En ambas empresas encuentra el aliento y el apoyo de su fundador, su respetado maestro Ortega y Gasset, con quien mantuvo siempre una fuerte relación de amistad y trabajo.

A su vez en la Liga de Educación de Ortega se situaba al lado de los grandes representantes de la nueva cultura, de la nueva política, desde Azaña a Azcárate, García Morente, Pérez de Ayala, Salinas, Américo Castro, Diez-Canedo, García Bellido, Navarro Tomás, o Antonio Machado, todos comprometidos con las mismas ideas de apoyo al desarrollo cultural y pedagógico de nuestra sociedad

### La formación de los maestros en la República

Tal como estaba en la mente del trabajo formador y teórico de Luzuriaga, debía ser una labor de Estado la que convirtiera los grandes planes de formación del Magisterio en realidades.

<sup>29</sup> Geneviève Le Goff, *Indice del semanario «España», 1915-1924*, París, Institut des Études Ibériques et Latinoaméricaines, 1972.

<sup>30</sup> A. Fernández, y A. P. González (eds.), *Lorenzo Luzuriaga. Aportación periodística 1917-1921*, Ciudad Real, 1988.



La República apreció el valor de este cuerpo de «inspectores formadores», punta de lanza de la introducción de una nueva educación. Desde los primeros momentos se inició la redacción de toda una serie de iniciativas legislativas encaminadas a su fortalecimiento que fueron acompañadas de un aumento inmediato de 100 plazas más al aprobarse los primeros presupuestos. Todo ello culminó en una completa reorganización de la Inspección de Primaria ya en 1932 que sentaba las bases de una profesionalización de la función inspectora desde nuevas ideas que creó un modelo extraordinario. Nada que ver con una inspección burocratizada. Desde el Ministerio de Instrucción Pública, dirigido por Fernando de los Ríos, se instaba explícitamente para «la nueva fisonomía de la función inspectora» a «liberarla de preocupaciones burocráticas», trabajando el Inspector «...como Maestro ofreciendo el ejemplo de sus lecciones modelo», aconsejando las reformas a introducir «...teniendo en cuenta la dirección actual de la Pedagogía...»<sup>31</sup>. Y ello desde la novedad de unificar el cuerpo femenino y masculino de inspectores. Se trataba de una inspección moderna y claramente pedagógica, seguramente una de las medidas que todavía tendrían buenos resultados hoy. En su redacción estaban presentes las ideas institucionistas y la prueba de la magnífica labor realizada por sus inspectores. Luzuriaga había sido un buen ejemplo de lo que podía suponer una inspección de estas características en la renovación educativa y cultural. Reordenación y nuevas creaciones completadas en el ámbito de la formación del Magisterio por la reforma de los estudios de las Escuelas Normales, desde el conocido como «Plan Profesional», de septiembre de 1931 <sup>32</sup>, en cuyo primer párrafo se hacía constar el empeño del gobierno republicano de insistir especialmente en la formación de maestros y maestras, que, al igual que sus profesores, se sentarían en adelante juntos en las mismas aulas. La formación del maestro se enriquece con la exigencia del bachillerato para su ingreso en la Escuela. Y a su vez se anuncia la apertura de las puertas de la Universidad al maestro a través de la nueva Sección de Pedagogía, que sustituirá los cometidos de formación de la Escuela Superior del Magisterio.

La República llevó la formación superior de los maestros a su lugar natural, el universitario. La nueva sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras comenzó a funcionar en Madrid, incorporando a algunos profesores institucionistas de la Escuela Superior como García Morente, que impulsó un plan novedoso. Y otra sección funcionó en Barcelona bajo los auspicios de la nueva autonomía universitaria que concedía el Estatut, impulsada por el grupo dirigido por Joaquim Xirau, buen alumno de Cossío. Luzuriaga participaría en esta nueva empresa como profesor de esta Sección de Pedagogía impartiendo un programa sobre Política Pedagógica y Organización Escolar, donde desarrolla un completo y novedoso curso de Pedagogía Social.

A estas reformas hay que añadir otras iniciativas del Primer bienio pensadas igualmente para la mejora del Magisterio. Así una nueva propuesta del proceso de selección del profesorado que sustituiría las oposiciones tradicionales, que empujaban a una preparación memorística, por cursillos de formación con varias pruebas mucho más racionalizadas y que servían para introducir a los nuevos maestros en los principios básicos de la Nueva Educación.

La reforma universitaria y el Proyectos de bases de la Primaria y la Secundaria encontraron grandes dificultades de realización. El asunto crucial de la doble red de enseñanza pública y privada fue uno de los apartados más complejos para cuyo esclarecimiento es pre-

<sup>31</sup> Decreto de 2 diciembre 1932. Desarrollo orgánico de la Inspección de Primera Enseñanza, pág. L.

<sup>32</sup> La Reforma de la Escuela Normal. Decreto de 29-IX-1931.

ciso atender primero a lo que fue la idea de la escuela pública desde las nuevas concepciones, que se concretaron definitivamente en la obra de Luzuriaga a partir de sus trabajos de los años 20 y 30.

### La introducción en España de las teorías de la Educación Nueva y de las Nuevas Escuelas

A partir de los primeros años 20, las actividades de Luzuriaga adquieren un ritmo diferente. Por un lado está el impacto que supuso la revolución soviética en el socialismo español y en los miembros de la Escuela Nueva en particular, a la que pertenecía Luzuriaga. Después del viaje de Fernando de los Ríos a Rusia y la escisión de un grupo socialista en 1921, en el que parece encontrarse Luzuriaga, con la formación del PCOE, que después se reunirá con el primer PCE, Luzuriaga mantiene una posición discreta en la política socialista. Por otro lado, concluida la Gran Guerra, tiene ocasión de volver a Alemania, reanudando de forma intensa sus contactos con las escuelas nuevas y la Pedagogía social alemana.

El Movimiento de la Educación Nueva formalizó a su vez también en 1921 la creación de la *Liga Internacional de la Educación Nueva*, en la que Luzuriaga trabajará en primera fila con un prestigio ya reconocido internacionalmente. Pensionado de nuevo, realizará también intensos viajes de estudios por diferentes países de Hispanoamérica. Su trabajo en *El Sol* concluyó también en 1921 con la desaparición de la hoja pedagógica. Y Luzuriaga se dedica a fondo a poner en pie desde 1922 la que sería una de las revistas más prestigiosas en educación que él dirigirá hasta el estallido de la Guerra civil, la *Revista de Pedagogía* y que intentó reiniciar en el exilio<sup>③</sup>. El prestigio de esta publicación y el papel que representó en la formación del profesorado y en la creación de una opinión sobre la nueva educación son reconocidos ampliamente. Una revista mensual que reunía en su volumen anual más de 600 páginas. La nómina de su Consejo de Redacción y sus Colaboradores habituales, con figuras de la talla de A. Castro, Morente, Xirau, Santullano, Zulueta, Claparède, Cousinet, Dewey, Ferrière, Decroly, Lipmann, Montessori, Piaget, Kerschens-teiner y un largo etcétera, la sitúan en el centro de la educación nueva internacional. Su esposa M<sup>a</sup> Luisa Navarro, también desde el Consejo de Redacción sería una figura principal. Todo cuanto publicó Luzuriaga en esta revista se puede ya considerar parte integrante de su obra mayor, en la que desarrolla unas líneas generales de fundamentación de una política educativa que encontrará traducciones en la obra educativa republicana<sup>④</sup>.

Desde la Revista y desde la Secretaría de Publicaciones del MPN, que nunca abandonó, su trabajo de carácter formativo sobre la situación de la enseñanza en Europa y América emprendió una nueva dirección mucho más compleja: introducir el conocimiento de los fundamentos teóricos de la Nueva Educación y las diferentes realizaciones de las Nuevas Escuelas en diferentes países. Aunque es cierto que ya había empezado a realizar traducciones de Pestalozzi y de Herbart<sup>⑤</sup> y algunas otras, como las primeras de John Dewey, en los años 20 y 30 este esfuerzo se multiplica desde la continuación de las traducciones y la producción de obras propias.

En esta faceta hay que distinguir sin embargo dos tipos de obras que se complementan: en primer lugar una serie de trabajos que da cuenta de las reformas y organización de las Nuevas Escuelas. Y en segundo lugar, otra serie de escritos teóricos sobre los principios que fundamentan la Nueva Educación. Realiza aquí dos aportaciones notables: la introducción en España del pensamiento de John Dewey y las aportaciones de la Pedagogía Social alemana.

③ Eloísa Mérida-Nicolich, *Una alternativa de reforma pedagógica: La Revista de Pedagogía (1922-1936)*, Pamplona, EUNSA, 1983.

④ Toda esta revista así como sus publicaciones y las del MPN y toda la obra de Luzuriaga puede consultarse en el Archivo Virtual de la Residencia de Estudiantes.

⑤ J. H. Pestalozzi, *Cómo enseña Gertrudis a sus hijos*, prólogo de L. de Zulueta, trad. L. Luzuriaga, La Lectura. 1915 y Espasa Calpe, 1932; J. F. Herbart, *Pedagogía general derivada del fin de la educación*, prólogo de J. Ortega y Gasset, trad. L. Luzuriaga, La Lectura, 1916.

## Las Escuelas Nuevas

Las Escuelas Nuevas fueron por lo general escuelas privadas libres y de secundaria, extendidas por Europa y Norteamérica desde finales de los 80, en las que grupos de profesores inquietos intentaban experimentar la aplicación de nuevas ideas sobre la educación y nuevas prácticas.

Luzuriaga realizó un trabajo de clarificación de la misma concepción sobre las escuelas nuevas que, de una forma errónea, empezó a circular. Las escuelas nuevas no forman un todo compacto, repitiendo un modelo único. Y tampoco son el resultado de la asunción de una teoría única de la Educación Nueva que en realidad, aun con bases semejantes, mantiene grandes diferencias entre sus teóricos. Y tampoco suponen una misma asunción acerca de iguales decisiones de política educativa.

Le interesaba descartar la idea mecanicista de una originaria teoría educativa, única, que precede a la creación de escuelas nuevas, que se sujetan a un mismo patrón. Nada más lejos de la realidad. Entre los teóricos de la Educación Nueva y las experiencias de las Escuelas Nuevas «...no existe la unanimidad de fines e ideas necesarios para poderlos cobijar bajo una sola e idéntica concepción» ☉.

Hay que admitir sin embargo que, a partir de la constitución de la Liga Internacional de Educación Nueva, los diferentes congresos y reuniones particulares permitieron un acercamiento mayor entre las escuelas, y con las teorías de la Educación Nueva. Luzuriaga realizó un intento de definición de algo común a estas escuelas, deudor de Ferrière, para el que el principio básico sería la voluntad común de integrar la educación de las diferentes necesidades del ser humano, la educación física, la intelectual y la moral. Es este uno de los aspectos de lo que se irá definiendo como la escuela unificada, o integrada. Siendo otros conceptos fundamentales de este sentido de unión, en lugar de exclusión, la idea de unión de la formación de los docentes, la unión de las diferentes etapas educativas y algunas otras de mayor calado como la idea de una escuela que no excluya a los individuos sino que los integre, una escuela de no discriminación por cuestiones económicas, sociales o de género, y por tanto una escuela «una» e «igual» para todos, base de la Pedagogía Social, que ha sido definida con palabras diferentes, algunas de las cuales se han prestado a grandes confusiones.

También es un denominador común el que constituyen todas ellas una especie de «laboratorio de pedagogía práctica», que las sitúa en un campo experimental que debe ser protegido por el Estado, en opinión de Luzuriaga, manteniendo su autonomía. Esto será fundamental para la renovación de la enseñanza que controla el Estado, en aquellos momentos la «oficial». Por ello las escuelas privadas, como era el caso de la mayoría de las escuelas nuevas, generalmente de secundaria aunque con conexiones con grupos de primaria, para Luzuriaga deben tener solo un carácter experimental dentro de la organización total de la escuela. De ahí surgiría una escuela pública renovada, una Nueva escuela pública. Y por tanto, en esa escuela igualitaria, «en unión», solo caben escuelas privadas de tipo experimental, pero nunca escuelas confesionales.

Otras características de estas escuelas como la coeducación, la unión del trabajo colectivo y el individual, la profundidad del conocimiento por los razonamientos –en lugar de la superficialidad que supone una mayor extensión abocada al memorismo–, el sentido crítico y creativo de la educación, las diferentes formas de entender la vida escolar, los castigos y los premios, el cultivo directo del arte... y otras, son las mismas que, a veces de forma

☉ L. Luzuriaga, *Las Escuelas Nuevas*, Madrid, MPN, Cosano 1923, pág. 9 En 1929 una nueva reedición de este libro bajo el título *Las escuelas nuevas alemanas*, aumentará su contenido anterior:

pionera, se cultivaban ya en la ILE. Estas características están resumidas por la Oficina Internacional de las Escuelas Nuevas, que sería el equivalente de la Liga de Educación Nueva, y que mantiene su oficina en Ginebra desde 1899, estando inscrita en la Sociedad de Naciones, y cuya finalidad es la de establecer relaciones mutuas de ayuda científica.

②⑦ L. Luzuriaga, *Escuelas de ensayo y reforma*, Madrid, MPN, Cosano, 1924.

Del mismo modo estudia las que él denomina *Escuelas de ensayo y reforma* ②⑦, generalmente primarias, aunque no las considera estrictamente nuevas ya que muchas son públicas, apoyadas por planes especiales para su experimentación.

Le interesan en especial –aunque las estudia todas–, las que considera escuelas socializadoras, típicas de EEUU y que responden al carácter social y pragmático de la educación norteamericana, con Dewey como representante máximo y que estudian la forma de adaptar la enseñanza a las necesidades sociales del país al que pertenecen. Partiendo de experiencias privadas, los resultados se han extendido con facilidad a muchas públicas, aprovechando las ventajas del sistema federal. Y Luzuriaga entiende que esa es una vía espléndida para llegar a conquistar una Nueva escuela pública, renovada, que es su objetivo principal.

En este grupo estudia también las escuelas del trabajo (*Arbeitsschule*), definidas por Kerschensteiner, donde la metodología se basa en la experiencia personal del alumno y una escuela de autoactividad en un régimen de gran libertad, en relación con el entorno. De estas escuelas surgiría la pujanza de cierta concepción extrema de la escuela activa.

Todo ello significó una aportación divulgadora muy elaborada, y que no tuvo parangón en lo que significó la entrada de las nuevas tendencias y experiencias pedagógicas en Europa y América.

## **La introducción de la Educación Nueva: J. Dewey y la Pedagogía Social alemana.**

### **La concreción de la Nueva Escuela Pública**

La introducción y divulgación del pensamiento de la Educación Nueva alcanzó a muchos teóricos cuya obra tradujo o comentó Luzuriaga. Sin embargo hubo dos trabajos de especial importancia. Por una parte la introducción del pensamiento de quien Luzuriaga mismo consideraba la culminación y a la vez el gran punto de arranque de la Educación Nueva. Es decir, el pensamiento del norteamericano John Dewey. En este, como en otros casos, su intervención fue definitiva. La obra de Dewey sigue estando presente en el pensamiento contemporáneo, por ejemplo en Habermas, y sigue despertando igualmente el interés de la filosofía americana actual ②⑧. Sus propuestas educativas son hoy todavía objeto de estudio en Estados Unidos, e incluso se aprecia su influencia en realizaciones actuales o en movimientos universitarios como los de los años sesenta. Luzuriaga fue el indiscutible introductor y difusor del pensamiento de John Dewey y de sus experiencias en España y en Latinoamérica. Con el concurso de D. Barnés, tradujo hasta 17 títulos de J. Dewey, siendo en muchos casos la primera traducción la hecha en castellano. Y a lo largo de su vida, incluso en el exilio no dejó de traducir la obra cada vez más intensa de Dewey.

②⑧ Louis Menand, *El club de los metafísicos. Historia de las ideas en América*, Barcelona, Destino, 2002.

Aunque el mismo Luzuriaga considera expresamente en sus escritos que el punto de partida de la Educación Nueva hay que buscarlo en Dewey, con lo que simplemente manifiesta la enorme importancia que justamente le concede, lo cierto es que algunos autores consideran hoy que, cuando entran en contacto con el pensador norteamericano, sobre todo a través de los artículos del *BILE*, la Institución Libre de Enseñanza y el pensamiento de sus representantes no hacen sino confirmar las ideas por las que se rigen desde hace tiempo. Así



39 L. Boetsch, *Algunas semejanzas entre «La Educación Progresiva» y la pedagogía de la Institución Libre de Enseñanza*, en AA.VV. *En el centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Tecnos, 1977, págs. 139-145

40 J. Saén Obregón (ed.), *John Dewey: Experiencia y educación*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004.

lo piensa por ejemplo Laurent Boetsch cuando al señalar las coincidencias fundamentales de ambos pensamientos afirma: «En gran parte, la labor de la Institución Libre de Enseñanza se adelanta a la educación progresiva»<sup>39</sup>, entendida ésta en el pensamiento de Dewey y en el de la ILE no como «progresista» sino como aprendizaje que es capaz de seguir generando nuevo conocimiento para la vida. Las similitudes son muy importantes, y así se señala en muchas ocasiones, incluso a veces se piensa que la ILE profundizó más en ciertos aspectos, como el tratamiento de la figura del maestro<sup>40</sup>. Pero lo cierto es que las experiencias y las teorías de la ILE son inequívocamente anteriores, existiendo ya desde 1876, mientras que las experiencias de Dewey con maestros y alumnos en su conocido «Laboratory School», adscrito a la Universidad de Chicago, sólo se realiza en 1896, y sus experimentaciones a una escala algo mayor no se pudieron realizar hasta 1901. El encuentro de Dewey y D. Francisco Giner se produce sobre todo a través de revistas y publicaciones, y también de colaboraciones del mismo Dewey en el *Boletín de la ILE*, que funcionaba desde 1877. Antes de la muerte de D. Francisco en 1915, Dewey ha publicado sólo en 1897 *Mi credo pedagógico*, al año siguiente *School and Society* y en 1913 *Interest and Effort in Education*. Pero los grandes textos de Dewey aparecieron mucho más tarde y ambos serán introducidos por Luzuriaga. Entre ellos el más importante *Democracia y Educación*, de 1916, que fue traducido por Luzuriaga, y cuya traducción es la que sigue reeditándose hoy mismo todavía, apareció después de morir D. Francisco. Y la otra obra clave *Experiencia y educación*, apareció en 1938 y fue traducida por Luzuriaga... inmediatamente en 1939, ya en el exilio, y para los maestros hispanoamericanos<sup>41</sup>.

Al margen de estas puntualizaciones que no pretenden establecer, ni mucho menos, una batalla de orígenes, es bueno señalar la enorme importancia, el calado de la obra educativa española que alimentó la educación republicana, su característica vanguardia, y su conexión con lo más interesante del pensamiento renovador.

El pensamiento de Dewey y de Luzuriaga se aproximan en conceptos propios de la *progressive education* que se extendió por la escuelas norteamericanas entre 1910 y 1922. Una escuela que enseña para la vida y proporciona el progreso constante del individuo. Una escuela cuyo método consiste en enseñar a aprender, como ya es bien conocido, y que por tanto confía en técnicas pedagógicas que se inspiren en el método científico. Una escuela conectada con la sociedad que la rodea y que se plantean constantemente las formas de solucionar sus retos, y a la vez reclama el concurso de profesores y alumnos, y también familia en la empresa educativa. Actitud participativa y activa siempre. Del mismo modo que reitera Luzuriaga, para Dewey el método no puede divorciarse ni de la materia que se enseña ni de los fines educativos en que se fundamenta. Y sobre todo la escuela debe producir una transferencia hacia la vida, siendo las actitudes y habilidades en la escuela las que deben regir la vida social.

A pesar de que esa era la intención principal de Dewey, este tipo de educación nunca pudo llegar a extenderse masivamente, pero significó siempre una guía presente en el pensamiento de futuros reformadores y aún sigue viva.

Desde su primera estancia en Alemania e incluso antes, Luzuriaga conoce la Pedagogía Social alemana desde sus clases de Filosofía con un joven Ortega que acaba de volver de Marburgo. Conocedor de la filosofía alemana y de la de Natorp en particular, Ortega pronuncia ya en 1910 una famosa conferencia en Bilbao, *La Pedagogía Social como programa político*, donde interpreta sus conceptos básicos sobre todo en orden a constituir un

41 También su hija Isabel Luzuriaga se interesó por la obra de Dewey en sus estudio de Pedagogía y Psicología. Isabel Luzuriaga, Lorenzo Luzuriaga y John Dewey. *La educación por la vida*, en «Lorenzo Luzuriaga y la política educativa de su tiempo», op. cit.



programa político, que considera necesario para resolver lo que llama el problema de España. Una educación que se dirija al individuo en comunidad, uniendo educación y vida, en una organización donde todos estén presentes y en calidad de iguales, entendiendo la comunidad como una muchedumbre de individuos influyéndose mutuamente. El problema español, insiste, es un problema pedagógico, la comunidad del trabajo. De forma que la política se hace Pedagogía social. La comunidad del trabajo en la educación es la que puede hacer caminar al individuo hacia una sociedad democrática.

Esta es la base desde la que la Pedagogía Social reclama una escuela igual en comunidad. Y para cumplir su finalidad de una comunidad de iguales, debe evitar posiciones confesionales o dogmatismos excluyentes, que son los que discriminan, dividen en grupos, separan. Esta escuela debe ser pues neutral, laica en definitiva. Lo cual plantea la necesidad de erradicar la enseñanza confesional. Así la escuela unifica lo discriminado, une, y no excluye como lo hace la confesional. Une desde todos los puntos de vista posibles, económicos, sociales, de género, de formación...

Ortega, al igual que Luzuriaga, de acuerdo para el análisis del caso de España, advierten que la enseñanza que desune es la religiosa, la católica en este caso.

Esas dos ideas básicas: igualitaria-unificadora y laica, se completan con lo que es común a las ideas de la educación progresiva americana, un método que no puede ser otro que el que favorezca la actividad cooperadora de alumnos y profesores en el proceso. Una escuela que produjo confusiones al traducir el término alemán *Arbeitsschule*, como escuela del trabajo. Luzuriaga prefiere identificarlo con la escuela activa.

Por tanto, el programa es caminar hacia una escuela libre de confesionalismos, «unidora», «en unidad» o «unificada», que son términos con los que Luzuriaga intentó sortear los peligros de la traducción del término alemán *Einheitsschule*, que podría traducirse en último término como unitaria, pero que Luzuriaga se resiste a usar por la posible confusión con un tipo de escuela española característica, que nada tiene que ver con esto. Y mucho menos intenta usar el término única, por el momento al menos, porque desde el contexto social plantea serios problemas de interpretación. Sin embargo su posición ante la enseñanza religiosa es claro.

El término que elegirá será «unificada» y con él publicará su primer libro sobre esta cuestión en 1922, explicando su decisión en la Introducción 49. Pero el contenido de la propuesta igualitaria de la Pedagogía Social queda claramente reflejada en la obra. En ella plantea lo que se entiende por esta nueva escuela pública desde la concepción de la Pedagogía Social, en tres aspectos: los alumnos, las Instituciones y el Magisterio,

Alumnos: 1. La gratuidad de todos los grados de enseñanza, 2. Supresión de la enseñanza confesional en los centros públicos, 3. Coeducación, 4. Selección por aptitudes y esfuerzo, 5. Sosténimiento por el Estado de los alumnos capaces y no pudientes hasta cubrir todos los grados.

Instituciones: 1. Unificación de párvulos a Universidad, 2. Supresión de escuelas públicas o privadas que produzcan discriminación, 3. Creación de una escuela básica común a todos los niños, 4. Unión de Primaria y Secundaria, 5. Facilidades máximas para el acceso a la Universidad

Maestros: 1. Igual rango en la preparación de todos los docentes, 2. Incorporación de todos a la Universidad, 3. Equiparación de remuneraciones, 4. Facilidades para pasar de un grado a otro.

49 L. Luzuriaga, *La Escuela Unificada*, Madrid, MPN, Cosano, 1922. Antes escribió desde Alemania un artículo para la Revista de la Inspección de Primera Enseñanza en febrero de 1914, «La escuela en unidad» explicando el sentido del término y su contenido.

Administración: 1. Un Ministerio de Educación Nacional del que dependan todos los centros, 2. Creación de un Consejo Nacional de educación y consejos regionales, provinciales y locales, con personal docente con funciones asesoras y ejecutivas.

Tiene grandes semejanzas con lo que ya planteó en 1918 para el Programa de mínimos del PSOE. Y lo repetirá casi sin variaciones cuando en tiempo republicano le reclamen su participación.

En 1931 reeditó «La Escuela Unificada», pero esta vez bajo el título de *La Escuela Única*, repitiendo con muy pocas variaciones lo que en 1922 había escrito <sup>43</sup>, y aceptando el término «a regañadientes» porque la mayoría de los publicistas y políticos del país han adoptado el término de única, pero expresa la idea de que la escuela unificada tiene un sentido más complejo que no hay que perder y por otra parte acepta una cierta pluralidad de escuelas, excepto en el caso de que su confesionalidad destruya precisamente el sentido comunitario e igualitario socialmente. Además única le parece un término que recuerda sistemas napoleónicos y un cierto sentido de uniformidad que no le gusta. La polémica sería dura.

Todo el contenido de esa nueva escuela que defiende se reflejará en un documento políticamente más decisivo. El documento que en 1931 pidió el ministro Marcelino Domingo a Miguel de Unamuno, presidente del Consejo de Instrucción Pública, para una futura ley de Instrucción Pública, cuya finalidad sería «*instituir la escuela única en España*», y que el Consejo encargó a Luzuriaga.

El documento de Luzuriaga que muestra la firme decisión por la defensa de la escuela pública única tiene unos pocos puntos básicos fundamentales ampliamente discutidos por el Consejo: 1. La Educación Pública es función del Estado. Sólo acepta una escuela privada no confesional. 2. Es laica. 3. Es gratuita en todos sus grados. 4. Debe ser activa y creadora (método activo). 5. Tiene un carácter social. 6. Coeducación igualitaria. 7. Integración de las diferentes etapas. 8. Atiende a la cultura de los adultos. 9. Igual formación, igual sueldo para los docentes. 10. Ministerio de Educación Nacional. Contiene adendas en cada punto que establecían algunas excepciones y explicaciones, que fueron rudamente debatidas.

Antes de que se le encargara este trabajo, ya había tomado él la iniciativa publicando un artículo con un contenido semejante en la *Revista de Pedagogía*, con el título «Antes de discutirse la Constitución»<sup>44</sup>, donde aceptaba que tal vez en una Constitución no podría incluirse todo aquello.

El interés de Luzuriaga por establecer las Bases de una futura escuela pública renovada bajo las concepciones de la Pedagogía Social, le impelen a escribir otro libro ese mismo año de 1931, que precisamente titula *La Nueva Escuela Pública* donde también aparecen estos puntos explicados claramente en un último capítulo que titula «*Ideas para una reforma constitucional de la educación pública*»<sup>45</sup>. El libro tiene sin embargo un calado mayor porque en él se puede seguir con toda claridad los fundamentos sociales y pedagógicos de todas sus propuestas políticas.

Todas estas publicaciones, estos esfuerzos, muestran la inequívoca voluntad de Luzuriaga de colaborar en la construcción de la nueva educación republicana, desde los supuestos teóricos que sustenta y el conjunto de toda su obra anterior. No sólo se implica en la construcción de las bases constitucionales de la nueva educación, también reclama del Magisterio públicamente su esfuerzo y su colaboración leal, que pide en un famoso artículo «*Al servicio de la República: llamada al magisterio*» donde dice «*El Magisterio hispánico ha de responder*

<sup>43</sup> L. Luzuriaga, *La Escuela Única*, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, 1931.

<sup>44</sup> *Revista de Pedagogía*, Vol. X, septiembre 1931.

<sup>45</sup> L. Luzuriaga, *La Nueva Escuela Pública*, Publicaciones de la Revista de Pedagogía, Madrid, 1931.

40 Salió en el diario *Crisol* y se reprodujo en la *Revista de Pedagogía* de mayo de 1931.

*con todo su entusiasmo a la llamada de la República. El gran ejército de cerca de 40.000 hombres que lo constituyen ha de ponerse lealmente a su servicio... La República se salvará por fin por la escuela. Tenemos ante nosotros una obra espléndida, magnífica. Manos, pues, a la obra. ¡Arriba el Magisterio republicano!»*40 Desde toda su actividad, desde las publicaciones de la *Revista de Pedagogía* y otros periódicos, desde los compromisos políticos y desde muchos foros, Luzuriaga y toda la vanguardia educativa apoyaron la nueva educación republicana. El magisterio republicano en especial acogió y apoyó con el mismo entusiasmo de Luzuriaga la posibilidad de cambios que se abría. Y lo mismo ocurrió con todo el movimiento cultural.

Luzuriaga trabajó también desde cargos oficiales como Consejero Nacional de Cultura (1931-33) y desde la Secretaría Técnica del Ministerio de Instrucción Pública (1933-36). A todo lo que unirá, en una actividad inagotable, su docencia en la recién estrenada Sección de Pedagogía de Facultad de Filosofía y Letras de Madrid, otra de las propuestas recogidas en la nueva andadura.

Ciertamente la Constitución de 1931 recogió muchos de los contenidos que inspiraban la nueva educación, aunque no pudiera llegar todavía a la decidida propuesta de Luzuriaga de una escuela igualitaria que desterrara la enseñanza confesional. El debate teórico sobre escuela igualitaria o escuela excluyente, confesional, se había convertido en el debate político en la discusión sobre escuela única, en la disyuntiva entre escuela pública, escuela privada. Eso respondía naturalmente a las especiales características del contexto histórico español, donde la escuela excluyente y discriminatoria era precisamente la confesional que funcionaba como privada, aunque con todos los apoyos públicos y de Estado que le conferiría la protección de las clases privilegiadas y la Iglesia Católica.

Ya Luzuriaga había advertido en su obra de 1931 de las diferentes opciones que este debate sobre la escuela única había producido en otros países europeos, dependiendo de su propio contexto histórico, con soluciones que a veces parecían contradictorias entre sí, reconociendo al mismo tiempo las especiales características del debate en nuestro propio contexto histórico. Para él la educación que se propone desde el institucionismo es una auténtica escuela única en su sentido primigenio, incluyendo la laicidad y el rechazo de la enseñanza sobre bases confesionales. Pero, a diferencia de países como Francia, donde esa misma concepción ha tenido un arraigo social importante dentro de la idea de una educación nacional laica, imponiéndose la escuela republicana, —a pesar de aceptar cierta libertad de escuelas—, en el caso de España el debate ha quedado relegado socialmente a la vanguardias y ha contado con la enemiga de grupos especialmente poderosos, que entienden la construcción nacional desde otras ideas conservadoras y míticas, y que rechazan el laicismo como una idea moralmente perversa. En España el tema educativo ha sido un tabú que se ha planteado históricamente como una lucha de clericales y anticlericales, entre religión y laicidad, desde concepciones sociales muy contrapuestas. Sólo los movimientos más radicales de izquierdas se han ocupado de este asunto de una forma más decidida, incorporando los principios de una nueva educación a sus programas.

Por eso, aunque se mantiene firme en los propios documentos que ofrece a la discusión política y constitucional, admite que existen dificultades importantes para la consecución inmediata de una verdadera escuela única. En lo que califica como *«La posible solución española»*, advierte que la dificultad más poderosa *«... para la implantación de la escuela única en España, es la enseñanza privada»* que como es sabido *«...es casi en su totalidad confesional, o mejor*

de las órdenes religiosas». Pero, suprimirla «... sería posible si la enseñanza pública fuera enteramente suficiente para nuestras necesidades educativas», de forma que propone una serie de actuaciones y la sustitución total de una forma progresiva ④7.

④7 L. Luzuriaga, *La escuela única*, op. cit., capítulo V.

El debate de los documentos de Luzuriaga fue pues duro y el de la escuela única en particular lo fue aún más, en el Consejo de Instrucción y en los medios políticos, con una fuerte presencia de los socialistas y en especial de Rodolfo Llopis en defensa de la nueva educación y la escuela única ④8. En los artículos 48, 49 y 50 se aceptó al fin la «la escuela unificada» como motor de la organización escolar, así como la libertad de cátedra o la laicidad, cierto grado de gratuidad, entre otras cosas, reconociendo a las Iglesias, bajo control del Estado, «el derecho a enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos».

④8 R. Llopis, *La revolución en la escuela*, Madrid, 1933.

Como es sabido, los intentos de establecer una auténtica escuela única constituyeron un pulso definitivo para la República frente a la Iglesia Católica. Durante el primer bienio el Ministerio de Fernando de los Ríos emprendió una serie de medidas legislativas a fin de adecuar la realidad a la nueva escuela. La disolución de la Compañía de Jesús (enero 1932) o la Ley de Confesiones y Congregaciones religiosas (junio 1933) prohibiéndoles taxativamente la dedicación a la enseñanza –que debía cesar antes del fin de diciembre de 1933– iniciaron una serie de medidas que intentaban ir prescindiendo de los centros religiosos. La abundancia de centros religiosos y gran cantidad de alumnos planteó un serio problema, para cuya provisión de profesores y materiales didácticos se realizaron primero convocatorias urgentes y se organizó más tarde la sustitución del profesorado religioso por el seglar en un plan general. Pero en realidad la escuela unificada o única no llegó a realizarse nunca de forma completa. En las inmediatas elecciones de noviembre de 1933 el triunfo de las derechas agrupadas alrededor de la Iglesia, cortaron casi totalmente el proceso. Las medidas reemprendidas por el Frente Popular tampoco pudieron llevar a cabo la solución de este problema ante el inmediato estallido de la rebelión militar que dio paso a la guerra civil.

Luzuriaga por su parte, junto a otros muchos representantes de los partidos de izquierda, mantuvo durante todo el tiempo una dura batalla por la laicidad y por la supresión de la enseñanza confesional.

En 1936, amenazado de muerte, Luzuriaga salió hacia el exilio, en un destierro agravado por los muchos cambios de destino, y por la angustia ante las noticias que llegaban de España, generales y personales, como el encarcelamiento de su hijo Jorge que defendía a la República con las armas y el conocimiento de la ocupación de su casa en El Viso de Madrid por un coronel del ejército vencedor que, según nos relataba Isabel Luzuriaga, quemó toda la biblioteca de sus padres. Pasó por Inglaterra, y Escocia, donde siguió defendiendo a la República y criticando duramente el pacto de no intervención. Reclamado en América por García Morente y A. Alonós, fue profesor de Pedagogía y Psicología pedagógica en Tucumán, impartió cursos en Chile, llegando a ser vicedecano de la Facultad de Filosofía y Letras de Tucumán, donde se opuso a las intervenciones peronistas. Trabajó por los aliados en el British Council de Buenos Aires, y realizó su docencia en la Facultad de Filosofía y Letras de Caracas, hasta que en 1956 obtuvo por oposición la cátedra de Historia de la Pedagogía de la Universidad de Buenos Aires.

En Latinoamérica, al igual que otros muchos exiliados con los que compartió ideas e iniciativas como la *Revista Realidad* y la reanudación de su querida *Revista de Pedagogía*, siguió la profundización de sus ideas educativas republicanas. Su producción escrita

con el apoyo de la editorial Losada sumó títulos magníficos como su *Pedagogía* o la *Pedagogía social y política*, la *Historia de la Educación y de la Pedagogía*, o la *Antología Pedagógica*, o su libro póstumo *Diccionario de Pedagogía* que constituyeron libros clave en la educación de Latinoamérica. Continuó igualmente su labor divulgadora a través de traducciones, entre las que se cuentan en especial las obras de Dewey, que introdujo no solo en España sino también en toda Latinoamérica. Realizó allí una inmensa labor de difusión del pensamiento de la nueva educación reeditando también en Losada todo el fondo de la *Revista de Pedagogía* y su propia obra anterior a 1936. Su espíritu animoso, que quiso contagiar a sus hijos, le hacía decir constantemente que, a pesar de las muchas dificultades sufridas, en realidad, los exiliados eran los que habían –habíamos– quedado atrapados en aquella España de la dictadura y del nacional-catolicismo, «...sin libertad y sin posibilidades de tenerla por toda una generación», como nos recordaba hace poco su hija Isabel Luzuriaga. Como también guarda en su memoria, su padre, a pesar del destierro, se implicó absolutamente en la tarea de conocer y mejorar la educación en Latinoamérica, impulsándoles a todos ellos a seguirle y a superar la terrible pérdida: «Nunca vivas en condicional –le decía–. Entrégate entera a cada realidad donde vivas. Esto es lo nuestro ahora. Participa.»

Luzuriaga, sin caer en la negatividad que da el destierro, nunca rompió sin embargo sus lazos con lo que fueron sus raíces y a ellas dedicó su último libro *La Institución Libre de Enseñanza y la educación en España*, con un verdadero deseo de guardar su memoria para mejores ocasiones futuras.

Memoria de la que cada vez recibimos más y más testimonios valiosos, como la recuperación de la persona y la obra de otro republicano eminente, profesor valenciano, institucionalista y socialista Vicente Llorens Castillo –director de otra experiencia modélica de la ILE, La Escuela Internacional–, celebrado con una excelente exposición y la colaboración de un nutrido grupo de intelectuales que durante tres días recordaron su vida y su obra en la Biblioteca Valenciana recientemente ④. En su persona ofreció la unión de lo cultural y lo educativo.

Los testimonios llegan de todas partes. Y todos ellos señalan la impronta extraordinaria que la educación y la cultura republicanas produjeron en su tiempo. No sólo por la valentía y la consistencia de sus propuestas y sus realizaciones, sino también por la dignidad de sus personajes, los más sobresalientes y los más modestos. Una forma de entender la educación y la cultura, pero también una forma de entender la vida. El respeto que algunos de los alumnos de aquellos maestros republicanos, tan entregados a su tarea renovadora, guardan en su memoria adquiere a veces testimonios de gran emoción. A pesar de lo corto del tiempo del que disfrutaron, de su desaparición tras la terrible represión de la dictadura, y del intento de borrar para siempre su memoria, su ejemplo y su memoria ha quedado grabados en quienes pudieron disfrutar de sus enseñanzas, transmitidas a sus hijos y a sus nietos. Por citar solo un ejemplo, en la última publicación de M<sup>a</sup> Antonia Iglesias sobre los maestros republicanos represaliados, «los otros santos, los otros héroes», hemos podido constatar la persistencia de un respeto emocionado hacia su obra a través de varias generaciones. Su obra en realidad fue una educación para la vida ■

④ Jornadas Internacionales, Biblioteca Valenciana, Director Manuel Aznar Soler.

> David Seymour (Chim),  
Españoles camino del exilio,  
en febrero de 1939.

